

LA SEXUALIDAD Y EL FALO

Rithée Cevasco

Abstract

Recorrido por estos conceptos que desde Freud a Lacan sitúan a la sexualidad y su estructuración alrededor del falo como tesis central del psicoanálisis.

El texto se organiza en 10 ítems:

- I. La sexualidad no sólo está donde se la espera
- II. Un defecto central en la sexualidad
- III. Extensión de la sexualidad
- IV. Sexualidad e inconsciente
- V. Dualismo pulsional
- VI. Desarrollo y destino de la sexualidad
- VII Falo y fase fálica
- VIII Teorías sexuales infantiles
- IX. La cuestión espinosa de la sexualidad femenina
- X. Bisexualidad. La partición entre lo masculino y lo femenino

Texto publicado en *Conceptos freudianos*. Mira, V., Ruiz, P. y Gallano, C. (editores). Síntesis, Madrid 2005.

I. La sexualidad no sólo está donde se la espera

La sexualidad es para el ser humano traumática y enigmática. Es el aporte de Freud que construye su teoría de la sexualidad a partir de la práctica psicoanalítica. A partir de Freud, el intento de pensar la sexualidad humana en términos de "instinto" o de reducirla a las concepciones del saber científico es vano.

Freud pone el acento sobre la sexualidad como factor causal de múltiples perturbaciones psíquicas. Desde muy temprano (1895) la localiza como causa de la neurosis de angustia, de la neurastenia y su intervención en la formación de los síntomas histéricos.

La importancia central que otorga a la sexualidad en la vida psíquica de todo individuo causó escándalo, rechazo, y fue el motivo de serias disidencias entre sus discípulos. Freud mismo señala su teoría acerca de las interpretaciones de los sueños, el chiste y sus formaciones así como la psicopatología de la vida cotidiana fue bien recibida. En efecto el trabajo de "interpretación podía inscribirse en una tradición hermeneútica ya existente. En cambio no sucedió lo mismo con sus teorías sobre la sexualidad, ya que subvertían completamente las ideas dominantes en su época.

En sus *Tres Ensayos para una Teoría Sexual* (S. Freud, 1905) obra principal sobre el tema, Freud examina los trabajos de médicos y psiquiatras de su época y hace el inventario de la multiplicidad de las variaciones de la vida sexual. Variaciones de su objeto, variaciones de sus fines. Freud afirma en este ensayo: "La opinión popular posee una bien definida idea de la naturaleza y caracteres del instinto sexual. Se cree firmemente que falta en absoluto en la infancia; que se constituye en el proceso de maduración de la pubertad, y en relación con él, que se exterioriza en los fenómenos de irresistible atracción que un sexo ejerce sobre el otro y que su fin está constituido por la cópula sexual o a lo menos por aquellos actos que a ella conducen". Corresponde además a esa teoría popular del instinto sexual "la poética fábula de la división del ser humano en dos mitades —hombre y mujer— que tienden a reunirse en el amor". Sin embargo existen "poderosas razones para no ver en estos juicios más que un reflejo harto infiel de la realidad".

Las tesis freudianas echan por tierra las concepciones dominantes al afirmar en cambio que existe una sexualidad infantil, que la sexualidad no se reduce a la actividad genital, que la finalidad de la actividad sexual no es la reproducción. La finalidad de la actividad sexual es ante todo la de obtener una satisfacción. Esa satisfacción es paradójica pues puede generar placer

en vez de placer. Las fronteras que el discurso médico de su época estaba delimitando entre lo normal y lo patológico son subvertidas con estas tesis freudianas.

.La noción de “instinto” no es, desde la perspectiva freudiana, pertinente para dar cuenta de los comportamientos humanos en general y más aún cuando se trata de la vida sexual en su variedad. Variedad que echa por tierra todo intento de aplicación de un modelo respuesta-estímulo. Más que cualquier otra tendencia, la sexualidad es para el ser humano un “instinto” profundamente perturbado, si por “instinto” se entiende un conjunto de comportamientos programados para la realización de la finalidad biológica de la reproducción de la especie. Freud se referirá pues a la sexualidad en término de pulsión (Trieb) y no de instinto. La pulsión es uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis, “concepto límite”, dirá Freud, entre lo somático y lo psíquico. La sexualidad misma se sitúa en la frontera entre lo somático y lo psíquico. Freud propone así muy tempranamente una ilustración de esa frontera en su esquema de la sexualidad (S. Freud, 7-1-1895, Los orígenes del psicoanálisis). El ser humano, como los animales, está fisiológicamente constituido para cumplir con la función de la reproducción de la especie y sin embargo la plasticidad de la sexualidad que puede desviarse en cuanto a sus objeto y sus fines hace de la realización de ese programa algo bastante azaroso y que, por lo menos, requiere un desarrollo temporal complejo. Requiere entre otros del tiempo necesario para que cada sujeto se sitúe de un lado o del otro de la división sexual, pues ni la anatomía, ni la adscripción por vía de la identificación de género son suficientes para que así sea. El psicoanalista francés J. Lacan propuso el término de “sexuación”, para nombrar ese complejo y prolongado proceso de la relación de cada sujeto con su posición sexual que puede o no coincidir con su sexo anatómico y que puede o no orientarlo a la elección de un “partenaire” de diferente sexo.

Freud introduce pues una ruptura con toda concepción naturalista de la sexualidad. Sin embargo no deja nunca de lado cierta referencia a la determinación biológica. La determinación biológica así como la referencia anatómica de los sexos desempeña su papel en la formación de la vida sexual. Sin embargo, esa determinación queda totalmente subvertida por los procesos psíquicos y por las organizaciones simbólicas culturales de cada época (S. Freud, 1905, Tres Ensayos para una teoría sexual).

Las elaboraciones freudianas acerca de la sexualidad incluyen una teoría sobre la sexualidad infantil, generalmente negada y elaboraciones de la causalidad psíquica de las perversiones consideradas, en su época, como desviaciones degenerativas.

La acusación de “pansexualismo” hecha frecuentemente al psicoanálisis freudiano, proviene de una confusión. Se acusa a Freud de situar a la sexualidad en todas partes, cuando lo que pone en evidencia es que la sexualidad no está forzosamente allí donde la espera el sentido común, las doctrinas moralistas y religiosas y las concepciones médicas dominantes de su época.

II. Un defecto central en la sexualidad

Existe un fallo, un defecto en la estructura misma de la sexualidad humana. Ese defecto no puede ser concebido como simple desviación patológica ni tampoco como resultado de las prohibiciones y restricciones de las normas sociales. Freud pondrá el acento sobre ese defecto al descubrir que la sexualidad no conduce directamente a una experiencia de satisfacción placentera. Postula que existe en la sexualidad una fuente independiente de liberación de displacer que explica su carácter siempre traumático y los procesos de rechazo y represión que acarrea para el sujeto el encuentro con las tempranas experiencias sexuales y la formación consecutiva de síntomas. Ya en junio de 1894 Freud formula esa intuición (S. Freud, Proyecto de una psicología para neurólogos) y en 1912 (S. Freud, Sobre una degradación general de la vida erótica) Freud es afirmativo: por paradójico que pueda parecer algo existe en la naturaleza misma de la pulsión sexual que no es favorable a la obtención de una satisfacción placentera. En 1920 Freud formula la hipótesis de la existencia de la “pulsión de muerte” para explicar la existencia de fenómenos clínicos que responden a una repetición de situaciones displacenteras masoquismo, reacción terapéutica negativa, neurosis de guerra, (S. Freud, 1920, Más Allá del Principio del Placer). La noción de pulsión de muerte viene a alojarse en el corazón del proceso mismo de la sexualidad, y proporciona las razones de sus formaciones mórbidas.

Freud será, si no el primero, uno de los más insistentes entre quienes denunciarán los efectos neuróticos producidos por una excesiva moral antisexual. La moral “civilizada” es un elemento

patógeno principal (S. Freud, 1908, La moral sexual y la nervosidad moderna). Sin embargo, no se hace el abanderado de una "liberación sexual" utópica que negaría ese carácter traumático fundamental de la sexualidad para el ser humano. No puede girarse a la cuenta de la sociedad lo que corresponde a la naturaleza misma de la pulsión y, fundamentalmente, a la intrincación entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Freud reconoce no obstante la importancia de los factores socio-culturales que intervienen en la variedad de los estilos de vida sexual dominantes en distintos momentos de la historia. En este sentido da como ejemplo la diferencia de la vida sexual en la antigüedad y en la modernidad: para los antiguos, señala Freud, lo importante era la pulsión misma y no, como para nosotros, la persona hacia la cual siente una atracción sexual. En la antigüedad se glorificaba la pulsión y el objeto era ennoblecido, por deleznable que fuese. En cambio, nosotros despreciamos la actividad sexual en sí y la disculpamos por los méritos de la persona hacia la que nos dirigimos (S. Freud, 1905. Tres Ensayos para una teoría sexual, nota de 1910). La sobrevaloración de la persona amada, propia de la modernidad, trae aparejada sus trastornos ya que no se ajusta con los deseos sexuales. La no convergencia de la corriente tierna (del amor) y de la corriente sexual (deseo sexual) tiene como consecuencia que uno de los ideales de la vida sexual que consiste en querer concentrar todos los deseos sobre una misma persona no puede ser logrado (S. Freud, 1905, Tres Ensayos para una teoría sexual, Nota de 1915). Los fallos pues de la sexualidad se declinan también en función de las variaciones históricas de sus estilos dominantes.

III. Extensión de la sexualidad

Al reconocer la existencia de la acción de la sexualidad en campos donde no se la reconocía hasta entonces, Freud promueve una extensión del concepto de la sexualidad. Ante todo, no se la puede reducir a la sexualidad "genital" (S. Freud, 1910, El Psicoanálisis silvestre). Freud es categórico: distinguir entre función sexual y función genital es una cuestión de vida o muerte para el psicoanálisis (S. Freud, 1913, La disposición a la neurosis obsesiva). El término mismo de sexualidad se extiende entonces hasta confundirse con el sentido más amplio del término "Lieben", amar. (S. Freud, 1910, El psicoanálisis silvestre). Freud reconoce en 1911, en las reuniones mantenidas con los primeros psicoanalistas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, que, frecuentemente, ha utilizado los términos de amor, erotismo y sexualidad de manera intercambiable.

La ampliación del término acompaña la extensión de un reconocimiento de la actividad sexual infantil. En primer lugar extensión a la época del primer florecimiento genital en torno a los tres años. Y más precozmente aún cuando Freud formula que existe una actividad de la pulsión sexual desde el momento mismo del nacimiento del niño. Al no reducir lo sexual a lo genital, Freud sitúa la actividad de la pulsión sexual en las experiencias de satisfacción de la infancia más precoz. Momentos de la infancia en el que el placer de órgano se desarrolla en zonas erógenas no propiamente sexuales (S. Freud, 1910, Psicoanálisis, Cinco Conferencias). La acción de la pulsión sexual remite a actividades anteriores al primer florecimiento genital y anteriormente a toda distinción e inscripción de la diferencia de los sexos, anteriormente pues a que el niño disponga de una significación que sexualice en términos de masculino o femenino esas actividades. Construirá un esquema del desarrollo sexual que se inicia anteriormente a toda expresión genital, en "fases" o etapas que abarcan el campo de las experiencias pregenitales. En estos primeros años de la vida infantil las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales no se distinguen y las sexuales toman apoyo en las pulsiones de autoconservación (oral, anal) Pueden satisfacerse tomando como objeto al propio cuerpo o a la imagen del propio cuerpo (autoerotismo, narcisismo) (S. Freud, 1923, La organización genital infantil). El chupeteo o la retención de los excrementos manifiestan un evidente "placer de órgano", placer que Freud sitúa del lado de las manifestaciones sexuales. En su diálogo con un supuesto contrincante que argumenta que sólo puede hablarse de carácter sexual a partir del momento en que el placer de órgano genital entra en juego, Freud le responde que las partes genitales pueden, para la obtención del placer ser representadas por otros órganos, lo cual se verifica en la vida sexual. En la práctica normal del besarse, en las prácticas perversas, así como en la sintomatología de la histeria esa posibilidad de la sexualidad de hacerse representar por otros órganos que los genitales es evidente.

Freud finalmente situará en el origen de la sexualidad la hipótesis de una perversión generalizada y acuña la expresión de “niño perverso polimorfo”. El término de perverso, no tiene aquí un valor semántico opuesto a normalidad. Se distingue claramente del uso del término de perversión como estructura junto con las neurosis y las psicosis. Lo “perverso” es lo normal, en el sentido de rasgo general de toda la vida sexual infantil. Huellas de la vida sexual infantil que subsistirán en mayor grado en la vida sexual normal adulta como rasgos de perversión presente en toda actividad sexual..

Finalmente, Freud amolía también la incidencia de la sexualidad al campo de la cultura y la civilización. La sexualidad en efecto es la que proporciona la energía para la obra de civilización y para la producción de las obras culturales y científicas por la vía de la sublimación y la idealización.

IV. Sexualidad e inconsciente

Para Freud la sexualidad es lo que constituye el substrato de la realidad del inconsciente en la medida en que las formaciones inconscientes sintomáticas o no (sueños, lapsus, chiste) se construyen en torno a ese núcleo traumático de la sexualidad. Freud descubre la dimensión causal de la sexualidad en la formación de los síntomas neuróticos, y abre al mismo tiempo la interrogación sobre la causa de la importancia de lo sexual para el ser humano. Ella radica en el carácter traumático de su emergencia y en la vertiente mortífera dada la repetición de situaciones displacenteras, en las dificultades en armonizarla con los ideales del amor, en la dificultad en conjugarla con el deseo inconsciente siempre a la búsqueda del objeto perdido que confronta al sujeto con la decepción entre lo buscado y lo encontrado, la satisfacción esperada y la satisfacción encontrada. J. Lacan extraerá de su lectura de Freud la conclusión que se impone de que si extraemos la verdad que se deduce de los enunciados freudianos sobre la sexualidad, “no hay relación sexual” y si el goce sexual se proyecta tan ampliamente en las relaciones y en las obras del ser humano es porque precisamente no hay un objeto específico para su satisfacción (el hombre para la mujer o la mujer para el hombre), lo que si sucede en el mundo animal en donde se conjugan el cumplimiento de la necesidad sexual del individuo con el programa de la reproducción de la especie (L. Lacan, 1971-1972, *Autres écrits*).

Si el inconsciente encuentra en la sexualidad su realidad, la sexualidad a su vez no se despliega sino en relación con el deseo inconsciente referido siempre a un objeto desde siempre perdido. Tal es el nudo indisoluble entre el amplio campo de la sexualidad y el deseo inconsciente,

V. Dualismo pulsional

Fundamental es en la obra de Freud su empeño en sostener una concepción dualista de las pulsiones. Al comienzo Freud pone el acento sobre el dualismo entre pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales. A partir de 1920 (S. Freud, *Más Allá del principio de placer*) la oposición toma la forma definitiva de una oposición entre pulsión de vida y pulsión de muerte, con el reconocimiento que en toda pulsión existe una combinación de ambos componentes. La sexualidad queda así indisolublemente ligada a la muerte (S. Freud, 1926, *Inhibición síntoma y angustia*). En cuanto a la dimensión erótica de la sexualidad se conjuga con el odio y la destrucción. Su texto de 1920, marca un giro fundamental en las concepciones freudianas de la sexualidad y en la clínica de sus manifestaciones (S. Freud, 1933, *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*). La pulsión de muerte no concierne al carácter traumático de la sexualidad si no a esa tendencia, esa obsesión a la repetición, esa tendencia monótona a la repetición de experiencias que no están orientadas por el principio de placer. En esta combinación de Eros y Thanatos, las pulsiones eróticas introducirán la componente de la diversidad, la plasticidad y la variedad de las metas sexuales mientras que la componente de la pulsión de muerte se manifiesta en la monotonía de la repetición. Las teorías sobre la sexualidad en el pensamiento freudiano se inscriben en la teoría freudiana más general acerca de las pulsiones.

VI. Desarrollo y destino de la sexualidad

Las teorías freudianas sobre la sexualidad permiten medir el grado de complejidad de su desarrollo y de su extensión. Cómo es posible entonces que el ser humano cumpla con el programa de la reproducción de la especie? Cómo es posible que al menos uno de los destinos

de la sexualidad sea el que Freud llama vida sexual normal

Freud reconoce tres destinos principales de la sexualidad adulta : perversión, neurosis y vida sexual normal (S. Freud, 1905, Tres Ensayos para una teoría sexual). La vida sexual normal es aquella actividad en la cual hay conjunción entre la adquisición de placer al servicio de la función de la reproducción, lo cual presupone además la elección de un objeto heterosexual. Ese posible destino no pre-programado y menos aun asegurado. La normalidad de la vida sexual en este sentido será fruto de un largo desarrollo en el que convergen el destino de las pulsiones, la estructuración del Edipo y el complejo de castración, la inscripción de la diferencia de los sexos y la elección heterosexual como elección dominante.

Freud elabora así las leyes de ese largo proceso que conducen desde el punto de origen de la sexualidad infantil como polimorfa y perversa, a los tres destinos posibles.

No solamente es un proceso que requiere su tiempo sino que además es un desarrollo sometido a detenciones, fijaciones y regresiones posibles. De 1905 a 1924, Freud completa sus Tres Ensayos con el agregado de notas. Esas notas introducen las nuevas aportaciones de su clínica y sus nuevas elaboraciones sobre la sexualidad. Ese desarrollo que afirma Freud nunca se cumple totalmente pues siempre hay detenimientos por fijaciones, y que nunca está totalmente ausente aun cuando luego se produzcan regresiones a estadios anteriores. Es un esquema de desarrollo no orientado teleológicamente hacia una meta final. Es un desarrollo que está sometido a la ley del efecto retroactivo. Las primeras fijaciones por ejemplo no tienen significación sexual puesto que el niño no dispone aun del conocimiento psíquico de la diferencia sexual y solo "a posteriori" son sexualmente significadas en el sentido de la polaridad masculino/femenino.

El factor temporal es también fundamental en la consideración de la vida sexual porque esta se estructura en los dos tiempos de la vida: infancia y vida adulta. La entrada en la vida adulta no destruye el "infantilismo" de la sexualidad que sigue actuando en la construcción de los fantasmas y en la formación de los síntomas. Aun después de un prolongado e intenso trabajo psicoanalítico de resolución de síntomas y de desconstrucción de los fantasmas, el sujeto conserva siempre las huellas de esas primeras elaboraciones y elecciones infantiles.

VII Falo y fase fálica

La fase fálica es el nombre freudiano de la etapa de la vida en la que se produce el primer florecimiento de la vida sexual infantil propiamente dicha, al menos en el sentido en que son los órganos genitales quienes ocupan el primer plano en tanto zonas erógenas. La vida sexual infantil es evidente porque se hace visible y muy particularmente con las prácticas masturbatorias infantiles (S. Freud, 1910, Psicoanálisis. Cinco Conferencias). En esta fase la sexualidad del niño y el de la niña se organizan en torno al pene para uno, al clítoris para la otra. Y en este sentido considera Freud que se asemejan, puesto que establece una equivalencia entre el pene y el clítoris en tanto zonas erógenas.

Este florecimiento de la sexualidad promueve casi siempre en los niños de ambos sexos complejas elaboraciones de saber para responder a los enigmas de la sexualidad (S. Freud, 1908, Teorías sexuales infantiles).

Este primer florecimiento sexual infantil se asemeja en parte a la vida sexual adulta por el interés concentrado en los órganos genitales. La diferencia radical de la organización genital adulta respecto a la organización genital infantil es que, para ambos sexos, en la infancia todo gira en torno a un único órgano genital. Freud al establecer la semejanza entre pene y clítoris, afirmará entonces que solo hay conocimiento de la existencia del órgano masculino aprehendido en una experiencia común de la masturbación. Para ambos sexos todo gira pues en torno a un único órgano, el masculino, no hay aprehensión del órgano femenino en tanto tal. Para Freud este florecimiento de la sexualidad infantil se realiza bajo la "primacía del falo" (S; Freud, 1923, La organización genital infantil). Esta afirmación será el objeto de muchas controversias en el campo del psicoanálisis.

Esta fase de la vida sexual está pues para Freud dominada por la primacía del falo. Esta primacía del falo anuda un objeto de órgano, el pene o el clítoris, con la creencia de que todos los humanos e incluso los no humanos están dotados del órgano pene-clítoris. No hay una representación de lo que diferencia en tanto sexos al hombre de la mujer. Mas adelante, después del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos y de su interpretación en

términos del complejo de castración se construirá una diferencia entre lo masculino y lo femenino. La diferencia sexual es concebida infantilmente en términos de una oposición castrado y no castrado. Afirma Freud que “el órgano genital femenino no parece descubrirse nunca en esa organización infantil” (S. Freud, 1923, La organización sexual infantil). La fase fálica, que realiza un anudamiento entre el goce del órgano (pene/clitoris) y una creencia en torno al falo es un obstáculo al reconocimiento de lo “femenino”.

El falo es un concepto freudiano que sin duda fue objeto de los más encarnecidos debates. Mas aun cuando se lo ha identificado con el concepto de falo como símbolo de la dominación masculina. Freud lo emplea frecuentemente en su forma adjetivada. Habla por ejemplo de “fase fálica”. Sin embargo lo utiliza poco frecuentemente en su forma sustantivada. Habla de “falo” principalmente en dos circunstancias. Cuando se refiere a la creencia de niños y niñas en la primacía del Falo para ambos sexos. Cuando utiliza el término Falo en sus análisis sobre el fetichismo (S. Freud, 1927, Fetichismo) al reconocer que el fetiche es una representación del “Falo ausente de la madre”.

La noción de Falo remite frecuentemente en las elaboraciones freudianas a una equivalencia entre falo y pene. Sólo pueden diferenciarse en su obra a partir de una lectura atenta de la lógica de sus elaboraciones.

En 1925 (S. Freud, Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica), Freud describe los efectos de la percepción de la diferencia de los órganos sexuales infantiles, la diferencia entre el pene y el clitoris que introducirá el proceso que concluirá en la conclusión de la diferencia en términos de castrado y no castrado. El tiempo que se recorre entre la percepción de la diferencia y la conclusión en términos de diferencia sexual es diferente para el niño y para la niña. Para ambos no obstante el factor determinante para concluir es la inscripción de la castración materna. El factor operativo del proceso que puede concluir en el establecimiento de la diferencia psíquica de los sexos es el falo, pero el falo en tanto ausente en la madre. Para Freud la realidad de la diferencia de los sexos, se construye psíquicamente como diferencia entre representaciones de lo castrado y lo no castrado. La diferencia masculinidad/femenidad queda para Freud y a pesar de muchas vacilaciones, adherida a esta referencia anatómica de los sexos. Concepción que dejará en la obscuridad la cuestión espinosa de la sexualidad femenina, objeto permanente de debate en el movimiento psicoanalítico. Las concepciones infantiles de la diferencia de los sexos hacen coincidir lo femenino y lo castrado. Esta concepción es la fuente de las actitudes misóginas del hombre y de la mujer. Horror por esas criaturas mutiladas o desprecio triunfante hacia ellas, dice Freud para el hombre, y, para las mujeres, profundo sentimiento de inferioridad, y cuando se da cuenta de que su falta no es el resultado de un castigo personal y comprende la generalidad de ese carácter sexual, comienza a compartir el desprecio del hombre. Freud no duda en afirmar con ironía que con ese juicio al menos insiste, ella, en su paridad con el varón (S. Freud, 1925, Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos).

El término Falo o fálico es utilizado también por Freud por su valor simbólico tal como se ha inscripto en los cultos de la antigüedad. En esos ritos no se representa al pene en tanto órgano en su realidad anatómica. Los ritos lo representan con la imagen de un pene erecto, símbolo, representante del flujo de la vida y de la renovación del ciclo vital de las estaciones. Se trata pues de representación del falo en los cultos ithifálicos (del griego: Ithus-erecto) de la antigüedad, órgano en erección, representado de manera aislada o bien en los cuerpos desproporcionados de las figuras de los priapos, dioses de la fecundidad.

La percepción de la diferencia anatómica de los sexos dará pie a la elaboración de una nueva teoría, de una nueva creencia infantil, la de la castración ligada a la culpa: la falta de pene es fantaseada como producto de una castración, que genera angustia de castración y conecta la experiencia de satisfacción sexual con la culpa.

VIII Teorías sexuales infantiles

Las teorías que los niños y las niñas fabrican son ficciones y no corresponden a la realidad. Sin embargo, esas creencias remiten a una verdad ya que no están desconectadas de las modalidades de satisfacción dominante para el niño y para la niña. Constituyen el substrato sobre el que se construirán los fantasmas soporte de las actividades de satisfacciones diversas. La sexualidad infantil es el germen de la curiosidad, de la investigación y de la producción de

teorías. El análisis de Juanito es, para Freud, un texto paradigmático de esa producción de saber (S. Freud, 1909, Análisis de la fobia de un niño de cinco años). Freud localiza en la época de este primer florecimiento de la sexualidad, los primeros indicios de una actividad que no duda en llamar “Wissenstrieb”, pulsión de saber (S. Freud, 1905, Tres Ensayos para una teoría sexual, Capítulo añadido en 1910, La Investigación sexual infantil).

Freud intenta explicar el carácter típico de esas teorías sexuales infantiles y más aun cuando en 1906 renuncia abiertamente a generalizar el factor de la seducción sexual en provecho de la teoría del fantasma (S. Freud, La sexualidad en la etiología de las neurosis) y postula la existencia de “fantasías originarias” (S. Freud, 1914, Historia de una neurosis infantil (caso del Hombre de los Lobos). Freud recurre entonces para explicar su existencia a una hipótesis filogenética –muy controvertida en el campo del psicoanálisis. Postula la pasación histórica bajo la forma de fantasías de sucesos que habrían acontecidos realmente en el origen de la historia de la humanidad (S. Freud, 1914, Historia de una neurosis infantil (caso del Hombre de los lobos).

Una doble interpretación es posible. Existe un “saber” originario sobre la sexualidad (transmitido por vía filogenética), o bien el sentido sexual que adquieren las primeras experiencias eróticas se constituye “a posteriori” una vez concluido el proceso que conduce a la significación de la diferencia de los sexos

IX. La cuestión espinosa de la sexualidad femenina

Las concepciones freudianas sobre la sexualidad en lo que concierne a su diferencia se apoyan en dos tesis fundamentales. Por un lado existe una sola libido y es de naturaleza masculina (fálica), por la otra no hay representación de lo “femenino” en el inconsciente, salvo bajo la forma de “lo castrado”.

Si hay un punto de la teoría freudiana de la sexualidad que ha sido cuestionado, tanto en el ámbito psicoanalítico, como fuera de él, y muy particularmente en los últimos treinta años de nuestra historia es la reducción de lo femenino a ese infantilismo de la representación inconsciente. Freud mismo no era ignorante de la cuestión espinosa de la “sexualidad femenina”. Si lo que desea según la neurosis y el inconsciente es el pene (penisneid) queda para él en la obscuridad cual sería su verdadero querer. Pero ¿Qué quiere una mujer? pregunta Freud a Marie Bonaparte (E. Jones, 1970, Vida y obra de Sigmund Freud)

Muchos psicoanalistas se lanzarán, acompañando en ello a ciertas corrientes de los movimientos feministas, a la búsqueda de una esencia de lo femenino que no se reduzca a esa representación de lo “femenino” según la dialéctica fálica freudiana. En general esos intentos de construir lo que sería esencialmente femenino terminan por invocar un dominio de lo femenino que habría que situar en el campo de un más acá del falo (la mayor parte de las veces ese continente es rastreado en la relación de la niña con la madre, o en la relación con la maternidad). Postulan muy frecuentemente la existencia de una libido femenina, Esas concepciones pueden situarse como concepciones de lo femenino en el ámbito de un “más acá del falo”. En cambio J. Lacan propondrá una elaboración del goce específicamente femenino como algo que ha de situarse en los confines, en los límites mismos de la inscripción de la función fálica. El goce específicamente femenino se refiere, como el masculino, al falo, pero no enteramente. J. Lacan habla así de lo específicamente femenino como de un goce no todo fálico. Ese goce no todo caracteriza a la posición femenina, opción que puede ocuparse independientemente de la de que se sea anatómicamente hablando hombre o mujer..

La sexualidad femenina, la femineidad, es uno de los enigmas permanentes de las nuevas elaboraciones de la teoría psicoanalítica. La cuestión espinosa de la sexualidad femenina traza así los límites de las elaboraciones freudianas sobre la sexualidad.

X. Bisexualidad. La partición entre lo masculino y lo femenino

Las nuevas elecciones de la contemporaneidad (liberación de las mujeres, legitimación de la homosexualidad, posibilidad de adopción de niños por parejas homosexuales) ponen en el primer plano el debate sobre la sexualidad y la diferencia de los sexos.

La hipótesis de la existencia de una disposición natural hacia la bisexualidad formulada por Freud, vuelve sobre la escena y es invocada frecuentemente en contra de la tesis freudiana de la importancia de la referencia fálica común para ambos sexos.

La hipótesis de la existencia de una disposición bisexual en cada ser humano es formulada muy tempranamente por Freud. En sintonía con las elucubraciones de W. Fliess, Freud postula la existencia en una disposición bisexual para el ser humano, que explicaría la comprensión de las manifestaciones sexuales efectivamente observables en el hombre y la mujer. Sin embargo, Freud se mantiene firme sobre un punto: el rechazo a considerar la bisexualidad como causa de la represión, y por lo tanto, como causa de las formaciones sintomáticas (S. Freud, 1919, Pegar a un niño). Rechaza claramente la idea de que un sexo quede determinado por la represión del otro sexo y viceversa (S. Freud, 1937, Análisis terminable e interminable).

Mantener la hipótesis de la existencia de una disposición bisexual supone recurrir nuevamente a una concepción "naturalista" de lo masculino y lo femenino, como algo ya dado en la naturaleza, y no como resultado del prolongado y complejo desarrollo que el propio Freud había construido a partir de la experiencia psicoanalítica y de la permanencia en el inconsciente de la sexualidad infantil y su infantilismo.

Bibliografía

P.L. Assoun, *Psychanalyse, Livre III: Théorie de la libido et complexe d'Oedipe y Livre V: Métapsychologie*, Francia, PUF, 1997

A. Delrieux, *Sigmund Freud, Index Thématique*, Francia, Anthropos, 1997

J. Lacan, *Autres Ecrits*, Paris, Seuil, 2001 y *Encore*, Paris, Seuil, 1975

G. Le Gaufey, Algunas apreciaciones sobre la hipótesis de la bisexualidad en Freud, artículo en *La declaración de sexo*, revista *Littoral*, n° 11/12 Junio de 1991, EPEL

G. Morel, *Ambigüedades sexuales, Sexuación y psicosis*, Manantil, Argentina, 2002

P. Roazen, *Freud y sus discípulos*, Alianza Universidad, 1978